

Ensayo «La Mujer Africana de Hoy» de Ama Ata Aidoo

Alba Rodríguez García
Universidad de La Laguna  

<https://dx.doi.org/10.5209/afri.10019>

La mujer africana de hoy

ENG **The African Woman Today**

Traducción de Alba Rodríguez García al castellano

En la mayoría de los países africanos, amplios sectores de la economía, como el comercio interior, la agricultura, la agroindustria y la asistencia sanitaria están en manos de mujeres.

— West Africa (9-15 de septiembre de 1991)

NO SERÍA JUSTO ECHARLE LA CULPA A UN EVENTO TAN BIENINTENCIONADO como el *Band Aid*¹ de Bob Geldof, que se organizó para concienciar sobre la complicada situación de las víctimas de la sequía en Etiopía, e incluso para recaudar fondos para ellas; pero no cabe duda de que, desde entonces, una imagen de la mujer africana ha quedado grabada en las mentes de todo mundo: está criando a demasiados niños, de los que no puede hacerse cargo, y no cabe esperar que otros paguen la cuenta. Ella tiene hambre, y sus hijos también. De hecho, se ha convertido en un cliché del fotoperiodismo occidental el que la mujer africana parece mayor de lo que es; está medio desnuda; lleva al aire sus caídos y mustios pechos; las moscas zumban alrededor del rostro de sus niños; y sostiene permanentemente un cuenco de mendicidad en su mano.

Es lamentable que las hijas del continente africano hayan llegado a esta situación, especialmente si recordamos que descienden de algunas de las mujeres más valientes, más independientes y más innovadoras que este mundo ha conocido jamás. Hablamos de la Dama Tiy de Nubia (ca. 1415-1340 a. C.), esposa de Amenhotep III y madre de Akenatón y Tutankamón, a la que se le atribuyen, entre otros méritos, haber llevado a las mujeres de su corte a descubrir el maquillaje y otros procedimientos para realzar su belleza. Su nuera fue la incomparable Nefertiti, una belleza negra cuya tez era muy superior a la del alabastro con el que ahora se empeñan en retratarla. También de la era faraónica, evocamos a Cleopatra, sobre la que “se han escrito más sinsentidos... que sobre cualquier otra reina africana... principalmente por el deseo de muchos escritores de pintarla blanca. No era una mujer blanca. No era griega...”, dice John Henrik Clarke con la impaciencia de la meticulosidad académica.² Según C. W. King, si comparamos a Julio César, Marco Antonio y Cleopatra, ella era “la más cautivadora, la más culta y la más audaz”. Entre las muchas lenguas que hablaba con fluidez estaban “el griego, el egipcio, el latín, el etíope y el sirio”. Y sin embargo Shakespeare, anunciando el racismo occidental, no pudo más que tachar a Cleopatra de “meretriz”.³

Colisiones

El África moderna vino a colisionar con Europa a raíz del viaje de Vasco de Gama desde Portugal, rumbo al sur, para encontrar Asia. Pasó por lo que se conocería en Occidente como la Costa del Oro (Ghana) en 1492, y por el Cabo de Buena Esperanza en 1496. Desde entonces, África no ha conocido la paz. Primero fue la trata de esclavos. Luego, el fin del comercio de esclavos se celebró con la conquista y

¹ A veces también conocido como *Live Aid*, el concierto que Geldof organizó en 1985 movió al mundo. Entre los honores que Geldof recibió estaban un título de caballero otorgado por la reina de Inglaterra y el Premio del Tercer Mundo 1986-1987. Los medios occidentales se volcaron rindiéndole un muy merecido homenaje, llamándolo “Santa Bob”, “Sir Bob” y “Santo Bob”.

² Véanse, entre otros, Cheikh Anta Diop, *Naciones negras y culturas* (1980); Ivan Van Sertima, ed., *Black Women In Antiquity* (1981), y cualquiera de los volúmenes de la serie *The Journal of African Civilizations* de este último.

³ En el Primer Acto de Antonio y Cleopatra, Shakespeare fue increíblemente crudo con Cleopatra. Pero es que el racismo del Bardo es una fuente de vergüenza tremenda. Véase *La tempestad*, *El mercader de Venecia* y *Tito Andrónico*.

colonización de África a mediados del siglo diecinueve. Desde entonces, varios grupos occidentales consideraron que África era su feliz coto de caza. Las energías de la gente, la riqueza sobre y bajo la tierra, y todo lo que se podía coger le fue arrebatado por los poderes europeos sin miramiento alguno. La gente resistió lo mejor que supo, pero no pudo haber sido un combate justo, puesto que un bando luchaba con lanzas o arcos y flechas, mientras que el otro utilizaba armas de fuego.

Es menos sabido que, como respuesta a la insistencia europea por conquistar el continente, África produjo durante más de cinco siglos un sínfín de mujeres soldados y estrategas militares, muchas de las cuales murieron en las luchas. Un conocido ejemplo fue el de Nzingha (1582-1663), quien trató de evitar que los portugueses invadieran Angola. Murió sin lograr su objetivo, pero solo después de haberles mostrado la madera de la que estaba hecha. Por su parte, los portugueses demostraron que no vinieron a África en misión caballeresca. Combatieron a Nzingha con una ferocidad implacable. Cuando sufrió varios reveses en 1645-1646, capturaron a su hermana menor Fungi, la decapitaron, y lanzaron su cuerpo al río.

De hecho, en tiempos precoloniales, las mujeres combatientes formaban parte de la mayoría de los ejércitos africanos. Un muy conocido ejemplo es el de los batallones exclusivamente femeninos de Dahomey (antiguo Benín, principios del siglo diecinueve), que trataban de proteger a su imperio contra invasores y traiciones internas. El patrón Nzingha / portugués se repetiría en varias zonas del continente durante los siguientes tres siglos. En los últimos años del siglo diecinueve y en los primeros del veinte, Yaa Asantewaa, reina de los Asante (Ashanti, Ghana), lideró una insurrección contra los británicos. Si bien sus ejércitos fueron derrotados, “se puede afirmar que contribuyó a crear parte de la base teórica para el surgimiento político del África moderna”.

Cierto, todas esas mujeres eran monarcas reinantes para las que era relativamente fácil organizar ejércitos contra la ocupación extranjera. Pero la historia también está llena de relatos de insurrecciones organizadas por mujeres provenientes de tradiciones no monárquicas. Un ejemplo son las mujeres igbo del este de Nigeria, quienes en 1920 hostigaron tan exitosamente a los británicos, que la administración colonial tuvo que trasladar su cuartel general de Calabar a Lagos. En esa misma época, en Rodesia (Zimbabwe), Mbuya Nehanda (Nyakasikana) fue acusada de instigar una insurgencia contra los británicos. Al final, los conquistadores decidieron que la única forma de deshacerse de esta frágil mujer era ahorrarla. Y así lo hicieron.

Luchas por la independencia

tras la segunda guerra mundial, muchas mujeres se mantuvieron en la primera línea de las revueltas independentistas. Algunas, como la General Muthoni (de la rebelión Mau Mau), se convirtieron en líderes guerrilleras, a las que el enemigo temía incluso más que a los insurgentes masculinos. Otras, como la señora Ramsone-Kuti, del oeste de Nigeria, eran principalmente nacionalistas de origen burgués y pequeño burgués. Pero también lo eran la mayoría de sus camaradas hombres en tales luchas.

Hoy sabemos que la historia de la lucha de Sudáfrica contra los horrores de conquista institucionalizados habría sido diferente si las mujeres no hubieran estado dispuestas a implicarse activamente. Y pagaron su precio. Fueron asesinadas, mutiladas, encarceladas y exiliadas. Un ejemplo es el de Sibongile Mkhabela, líder estudiantil durante la masacre de Soweto, la única mujer acusada en los juicios del 7 de junio (1978), que fue encarcelada durante tres años y luego expulsada tras cumplir condena. Otras tantas como Winnie Mandela, Albertina Sisulu y Zodwa Sobukwe sobrevivieron a la persecución de sus hombres, para más tarde demostrar una disposición asombrosa para asumir liderazgos, con todos los sacrificios que tales decisiones implicaban.

Vista tal heroica tradición, no es sorprendente que algunas veamos a la dócil y mendicante mujer africana como una creación mediática. Pero, de existir, es resultado de los traumas de los últimos quinientos años de encuentro con Occidente, del último siglo de represión colonial, de la actual desilusión neocolonial, y de un entorno natural que hoy se comporta como un enemigo implacable.

En 1992, la mujer africana debe lidiar con un “programa de ajuste estructural” impuesto por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial que suprime las ayudas para la educación de sus hijos, la sanidad, la alimentación. El transporte desde o hacia lugares vitales de su día a día se ha estropeado o jamás ha existido. En 1992 hay una sequía y el mundo está extremadamente caliente. Y la mujer africana ya ha perdido la esperanza en las cosechas de la temporada. Ahora se pregunta si el agua alcanzará para que este año sus hijos y ella puedan beber, cocinar alimentos inexistentes y mantener el cuerpo mínimamente limpio. En 1992, la mujer africana está desconcertada por las noticias de una “plaga que ha venido a terminar con cualquier esperanza humana.”⁴ Y teme que ella y sus hijos no sobrevivan a esa enfermedad cuyos orígenes nadie parece conocer, y para la que todavía no hay cura.

África es el segundo continente más extenso, cubre un área de más de treinta millones de kilómetros cuadrados. A pesar de siglos de explotación por conquistadores, sigue siendo, potencialmente, el trozo de tierra más rico del mundo, con el 60 por ciento de todos los recursos naturales explotables que se conocen. Y a pesar de la despiadada propaganda sobre una explosión demográfica africana, África no es el lugar más poblado de la tierra. Es China. De hecho, teniendo en cuenta su tamaño, y su población actual de unos quinientos millones de habitantes, el continente está *infrapoblado*.

⁴ Verso de mi poema titulado “These Days: II.”

Cargas y enigmas

En la posición actual de la mujer africana han influido tres grandes factores históricos: los modelos sociales autóctonos africanos, la conquista del continente por Europa, y la aparente falta de visión, o coraje, en el liderazgo del periodo postcolonial. En este contexto, el “liderazgo” no se refiere exclusivamente a los dirigentes políticos, sino al amplio espectro de élites intelectuales, profesionales y comerciales situadas en puestos en los que se toman decisiones vitales en nombre de toda la comunidad.

Desde la antigüedad, la mayoría de las sociedades del mundo eran matrilineales o patrilineales. Hoy en día está claro que la mayoría de las sociedades africanas fueron matrilineajes que duraron milenios, desde el periodo prefaraónico hasta micronaciones como la Akan de Ghana. Lo que cambió el modelo en algunas áreas fue, primero, el islam, y, más tarde, el cristianismo, puesto que ambas religiones eran de orientación profundamente patriarcal. Las sociedades africanas que conservan vestigios de sus matrilineajes fueron también las que se opusieron con más resistencia tanto al islam como al cristianismo. En estas zonas – como la costa occidental africana, por ejemplo – es donde también encontramos a algunas de las mujeres menos oprimidas.

Hoy en día cuesta imaginar a la mujer de la costa del África del Oeste aceptando sin rechistar el pesado velo negro, la carga de la reclusión, la circuncisión, la infibulación y demás. Pero incluso para las mujeres musulmanas de esta región, con frecuencia el velo no es más que un par de metros de un bonito tejido de gasa. Normalmente, y con mucha gracia, se lo coloca por detrás, sobre la nuca y sus hombros. De hecho, el efecto de este tipo de velo es hacer más atractivas y visibles a aquellas que lo llevan. En esto, las mujeres oeste-africanas parecen tener más en común con las mujeres islámicas de lejanos parajes como la península india y el resto de Asia, que con sus hermanas de su norte africano.

Lo que parece diferenciar a la mujer “del sur del Sáhara” de la mujer arabo-islámica del norte no es tanto la “cercanía a Europa” y la “civilización” de esta última, sino la relativa libertad de la primera para crearse a sí misma, cuando las dinámicas económicas y políticas lo permiten. Por otro lado, según Nawal El Saadawi, “Hay mucha confusión (en occidente) sobre la identidad, el carácter y la diversidad de las mujeres árabes”. Esta escritora egipcia reivindica que si bien la mujer arabo-islámica norteafricana está velada y circuncidada, no saber más que eso sobre ella “roza el racismo”. Tal vez las mujeres africanas compartan entre ellas más de lo que sabemos.

En cualquier caso, algunos principios supuestamente “islámicos” pueden no sonar tan extraños a las mujeres del África austral, que nada han tenido que ver con el islam. Por ejemplo, tanto en el Zimbabue precolonial como en la Rodesia colonial, la mujer fue siempre considerada como una menor, primero bajo tutela de su padre, y luego de su marido. Si sobrevivía a su marido, pasaba entonces, en tanto que viuda, a ser tutelada por otro varón de la casa de su marido, o de su propia casa. En ocasiones una mujer se convertía ¡en la tutelada de su(s) propio(s) hijo(s)! Esto significaba que nunca podría tener propiedades u obtener un préstamo bancario. La situación era tan grave, que en 1982 un consciente y sensible gobierno de la ZANU-PF (Unión Nacional Africana de Zimbabue, Frente Patriótico) intentó poner en marcha una medida correctiva aprobando la Ley de Mayoria de Edad. Esta ley estipulaba que a los dieciocho años una joven se convertía en adulta, con todos los derechos y privilegios que ello implicaba. De alguna manera, las mujeres africanas son una especie de enigma. Esto se debe a que, tanto si están formalmente instruidas como si no, sean “tradicionales” o “modernas”, no encajan en la idea aceptada que tenemos de ellas como bestias de carga mudas. Y decididamente no son tan libres e iguales como los hombres africanos (especialmente aquellos con educación formal) querrían hacernos creer. En realidad, están en algún lugar entre esos dos conceptos.

Para algunos hombres del África Occidental, la manera en que las mujeres oeste-africanas luchan por ser independientes “es bastante mala”. Piensan que “esas mujeres están dispersas”. Allá donde se reúnan los hombres, puedes estar segura de que se oirán chistes e historias sobre mujeres que supuestamente hacen ver lo “terribles” que somos. El mejor “consejo” que cualquier niño en edad de crecer probablemente oiga a lo largo de la costa del África Occidental es: “Teme a las mujeres.” Y si de verdad hay un proverbio Fon (Gabón) que se traduce como “La mujer es la raíz de todos los males, solo nuestras almas pueden salvarnos (de ella)”, entonces ¡en África las mujeres han estado metidas en problemas durante mucho tiempo!

El periodo colonial tampoco ayudó a las mujeres. Es cierto que algunas de las misiones “civilizadoras” no quisieron que sus políticas se opusieran a los comportamientos de los “nativos” que toleraban el progreso de las mujeres. Así que ofrecieron oportunidades de educación formal a algunas niñas. Algunas de las escuelas secundarias de la zona se remontan a 1837. Pero las misiones vinieron con sus propias ideas sobre cómo educarlas para ser “mujeres adecuadas”. Mientras a los chicos de las escuelas coloniales de élite se les preparaba para ir a Inglaterra y convertirse en profesionales (mayoritariamente abogados), a las chicas de las escuelas equivalentes se les enseñaba labores de aguja, punto, ganchillo y repostería. Esto, para asegurarse de que se convirtieran en magníficas esposas y excelentes madres. Y muchas salieron como estaba previsto. Solo algunas mujeres, normalmente de la realeza o de las familias de nuevos ricos, se beneficiaron de la educación formal. Para la gran mayoría de las mujeres oeste-africanas, el colonialismo era sinónimo de sufrimiento absoluto.

Unas pocas mujeres lograron extraer algunas ventajas de la era neocolonial, y sobresalieron en áreas en las que en principio no se esperaba que las mujeres despuntaran. Enfatizo el “pocas”, pues las políticas educativas africanas nunca han sido democráticas. Hoy en día la pirámide es símbolo de lo que les está ocurriendo a las jóvenes en los sistemas educativos oeste-africanos: una base anchísima, y una cúspide estrechísima como una aguja. En primaria, las niñas y los niños tienen las mismas o casi las mismas oportunidades de acceso al sistema, pero cuando un determinado grupo de edad accede a la universidad, la

proporción de chicas respecto de los chicos es tan baja como una de cada diez, o menor. Excepto en entornos extremadamente desfavorecidos, esta situación es el resultado de diversas fuerzas negativas en las vidas de las jóvenes, como los embarazos y la consecuente expulsión de las escuelas (mientras que el varón infractor, cuya identidad a nadie importa conocer, queda libre⁵), o los desalentadores consejos profesionales de profesores y autoridades escolares sexistas, compañeros de clase y familiares bienintencionados, pero conservadores.⁶

Símbolos poderosos

Si se les da la oportunidad, muchas jóvenes muestran su independencia y coraje eligiendo profesiones, y en la mayoría de los casos se desenvuelven con brillantez, pero las mujeres que ocupan posiciones de poder siguen siendo rehenes del simbolismo. Claro que, como símbolos, muchas de ellas han alcanzado lo más alto de sus profesiones. Algunas lo lograron incluso tan pronto como otras mujeres provenientes de las regiones tecnológicamente más avanzadas del mundo. Por consiguiente, algunos países africanos han generado mujeres médicas, abogadas, juezas, docentes universitarias y profesoras durante mucho tiempo. Ha habido mujeres en áreas profesionales “minoritarias”, como la escritura creativa, la edición, la geología, la arquitectura, la ingeniería, la propiedad y gestión de transporte y la dirección de orquesta. Cuando hablamos de las mujeres africanas de hoy, hablamos de más de doscientos millones de personas, algunas de las cuales son pilotos de aerolíneas comerciales o privadas, ingenieras (eléctricas y mecánicas), profesoras de primaria y secundaria, operadoras telefónicas y enfermeras. Estas profesionales africanas son la excepción más que la regla – pero África no está sola en esto; la marginalización de las mujeres en ciertas profesiones es un fenómeno mundial.

Sin embargo, hay un grupo de mujeres particulares al África del Oeste. Estas mujeres, comúnmente llamadas “mujeres del mercado” o “market mammies” se dedican al comercio y la compraventa. Pero, por supuesto, no todas trabajan en los mercados, aunque la gran mayoría lo haga. Sus actividades van desde el comercio de gemas, pasando por las altas finanzas, hasta el comercio “de menudeo”. Por lo tanto, sus lugares de trabajo también oscilan entre complejos de oficinas modernos y altamente sofisticados y las aceras de las ciudades en las que instalan sus puestos.

Para estas mujeres, “el mercado” es tanto un lugar de negocios como un hogar lejos de la casa. Desde las primeras horas del día, al ocupar sus puestos, gestionan tanto su negocio comercial como su negocio de amas de casa, que incluye la cocina diaria para sus maridos e hijos. De hecho, muchos de los que crecieron en zonas urbanas (por ejemplo, en Ghana, Nigeria, Togo y Benín) pueden confirmar que la mayoría de las veces, tras salir del colegio, iban directos al mercado para estar con sus madres. El mercado era el lugar en el que almorzaban y cenaban, hacían sus deberes escolares, y se bañaban en cubos y barreños. Esta gente recuerda, frecuentemente con mucha nostalgia, que, durante la semana, el hogar era el mercado; la casa era solo para dormir. Entretanto, estas mujeres ganaban dinero para alimentar, vestir y educar a sus hijos, y en ocasiones para mantener a sus maridos.

Para la mayoría de las mujeres del África Occidental, el trabajo es una responsabilidad y una obligación. Nos inculcan esta idea desde la infancia. Nunca hemos tenido que luchar por el “derecho al trabajo” –una gran preocupación para las primeras feministas occidentales. En África del Oeste, prácticamente ninguna familia tolera a una mujer que no trabaje. En consecuencia, hoy en día no hay muchos hogares en la región –ni siquiera en zonas tradicionalmente islámicas– en las que se disuada a las jóvenes de tener ambiciones propias bajo el pretexto de que se casarán y serán cuidadas por hombres.

Sin embargo, las agricultoras africanas puede que sean quienes reciban el trato más injusto.⁷

Si bien puede que actualmente esté de moda admitir que las mujeres han sido la columna vertebral de la agricultura del continente, tal reconocimiento es una tendencia muy reciente. Previamente ni siquiera se reconocía su existencia (los gobiernos, por ejemplo, apenas mencionaban a las mujeres en las políticas agrícolas). Así, a la privación de ser invisibles para los responsables políticos, se añadió la carga de la pobreza constante, el trabajar la tierra de sol a sol, y luego llegar a casa para asumir docenas de otros roles.

Debatiendo el feminismo

Actualmente, el debate sobre la mujer africana y el feminismo es bastante acalorado. Es habitual oír que el feminismo es una ideología extranjera, importada a África para arruinar a las buenas mujeres africanas. También es fácil, y una trampa en la que de tanto en tanto todas caemos, el fingir una falta de interés en ese discurso, o alegramente mantener que “no necesitamos feminismo” porque nuestros antecedentes fueron mujeres fuertes. Muchas de nosotras hemos declarado en algún momento que las mujeres africanas eran

⁵ La historia es tan sobrecogedora que se hace difícil contarla. The Herald (Harare, 20 de febrero de 1992) informa del ejemplo más terrorífico, a propósito de esto, que ha ocurrido en el continente recientemente. En un incidente entre chicos y chicas en una escuela secundaria coeducativa de Kenia que dejó “19 alumnas muertas”, y durante el que, según los doctores, “71 niñas fueron violadas”, “¡¡¡solo dos niños fueron acusados del delito!!!” (énfasis añadido). Algunos de nosotros seguimos hablando del problema, aunque llegue a oídos sordos. Por ejemplo: “Profile: Remember Tomorrow-A Conversation with Ama Ata Aidoo”, por Sarah Modebe, Africa World Review (octubre 1990); African Woman (otoño 1991).

⁶ Un consejo típico para una joven alumna que planea seguir estudios superiores es que tenga cuidado, no vaya a ser que jamás encuentre marido. El daño provocado por tal “consejo” nunca se ve amirorado por las “buenas intenciones” del consejero o por el tópico de que “los hombres temen a las mujeres inteligentes”.

⁷ Según Anthony Yudeowei de la West Africa Rice Development Association, “más del ochenta por ciento de los pequeños agricultores rizícolas del África Occidental son mujeres”.

feministas mucho antes del feminismo. Sin duda, la cantinela del bando masculino es que las mujeres africanas no necesitan del feminismo. Aunque en muchos estados modernos de África las familias políticas esperan de las mujeres adultas que se arrodillen para ofrecer comida y otros servicios a sus maridos, la mayoría de los hombres sigue sosteniendo que, en su país, “las mujeres no están oprimidas, hay papeles que hombres y mujeres deben desempeñar” —incluido el arrastrarse, por supuesto. El frente más reciente e interesante en el discurso lo abrió Alice Walker, cuando propuso que sustituyéramos el término por “mujerista” para describir las preocupaciones particulares de las mujeres afrodescendientes.

Cuando de tanto en tanto la gente me pregunta, bastante abiertamente, si soy feminista, no solo respondo afirmativamente, sino que insisto en que todas las mujeres y hombres deberían ser feministas —especialmente si creen que los africanos deberían hacerse cargo de la tierra africana, la riqueza africana, las vidas africanas y la responsabilidad del desarrollo africano. No es posible abogar por la independencia del continente africano sin creer al mismo tiempo que las mujeres africanas deben tener lo mejor que el entorno puede ofrecerles. Para algunas de nosotras, este es el elemento crucial de nuestro feminismo.

En general, las sociedades africanas tradicionales parecían haber estado en desacuerdo consigo mismas sobre qué hacer exactamente con las mujeres. Pues, aunque algunas de ellas parecían dudar sobre el género y la biología como base para juzgar a las mujeres, al final todas ellas utilizaban el género y la biología para juzgar las capacidades de las mujeres. Si no, ¿cómo pudo ser que los hombres gobernaran por procuración de las mujeres de esas naciones, como los Akan en Ghana, entre los que la herencia y sucesión, y por lo tanto el poder, residían en el matrilineaje y no en el patrilineaje?⁸

Algunas estamos convencidas de algo más: mucho del ninguneo a la mujer que se permiten los hombres africanos educados, y que ven como “cultura africana”, son unas sobras recalentadas de la colonización. Los colonos europeos (especialmente los victorianos) trajeron con ellos bastante confusión; primero a propósito de sus propias mujeres, y luego a propósito de otras —todo lo cual luego se enmarañó aún más con las fantasías de los colonizadores sobre las proezas sexuales tanto de los hombres como mujeres africanas.

Entre tanto, nadie quiere oír a las mujeres africanas debatir sobre sus propios problemas. En Harare, un periodista escribió recientemente un increíble arrebato que empezaba así: “Mujeres, mujeres, mujeres, ¿dejarán de quejarse alguna vez?”. Luego continuó preguntándose “¿si algún día (nuestras) mujeres dejarán de lloriquear para encontrar soluciones a sus problemas y acabar de lloriquear de una vez?”. Terminó declarando grandiosamente que “de nada sirve intentar convencernos unos a otros de que las mujeres están oprimidas. *Hay asuntos más importantes en los que centrarse*”⁹ (el énfasis es mío). Un comentario exhaustivo sobre esta contribución daría para un libro considerable.

Una manera de apreciar algunas de las contradicciones en la posición de la mujer africana de hoy en día es adoptar una doble perspectiva al observarlas. Una mirada sería desde el interior de sus propios entornos. Esto revelaría que, en relación a sus hombres, estaban tan mal como las mujeres de cualquier otro lugar. Pero, vistas desde fuera (internacionalmente), el retrato cambia de alguna manera. “Durante años, algunas hemos estado luchando para lograr que el mundo mire a la mujer africana correctamente. Esperando que, con algo de honestidad, se viera claramente que, frente al resto del mundo, la posición de la mujer africana no solo no ha sido tan mala, sino que en algunas sociedades africanas... ha estado mucho mejor que el resto”¹⁰ —y esto incluiría al autocomplaciente Occidente.

Todo esto resulta evidente respecto de la mayoría de las mujeres africanas de hoy en día, desde el Cabo de Buena Esperanza a El Cairo: viven en las zonas rurales y chabolas urbanas del continente; han tenido solo una mínima educación o ninguna; están casadas, en monogamia o poligamia; han tenido entre dos y seis niños; se dedican a la agricultura y al pequeño comercio; sus vidas están gobernadas localmente por hombres que hablan lenguas que ellas no entienden, y externamente por hombres extranjeros que hablan lenguas que no tienen ninguna esperanza de aprender.

Todo esto debería ser suficiente para hacer que la mujer africana quisiera cruzarse de brazos, derrumbarse, y simplemente morirse. Sin embargo, está haciendo todo menos eso. Sigue abriéndose paso. La mujer africana de hoy es una verdadera heredera de su pasado. Necesitamos intensificar nuestra lucha. Por ejemplo, en lugar de dejarnos “arrullar en un falso sentimiento de seguridad mediante simbologías y procesos de ‘desfeminización’, que en muchos casos son prerequisitos para desempeñar ciertas funciones, [necesitamos ser capaces de desafiar] la opresión de género y clase, el imperialismo y la explotación (y buscar)... el acceso a puestos de responsabilidad política, reformas legales, igualdad de derechos en la educación, empleo y acceso a préstamos bancarios.”¹¹

Entre tanto, si, al igual que el resto de los hombres del mundo, los hombres africanos albergan alguna fobia al acceso de las mujeres a puestos de liderazgo, entonces más les vale deshacerse de esas fobias rápidamente. Después de todo, los hombres han monopolizado los puestos de liderazgo en África

⁸ Por supuesto, esto demuestra por qué es peligroso asumir que el hecho de que una sociedad sea matrilineal signifique que sea también patriarcal. Sin duda los Akans son un ejemplo destacado de un pueblo con una base matrilineal y una obvia superestructura patriarcal.

⁹ Cephas Chitsaka en el Sunday Mail (24 de noviembre de 1991).

¹⁰ Cita de mi carta a Mineke Schipper para explicar mi pesar con el título y subtítulo de su libro, *Source of All Evil- African Proverbs and Sayings on Women*.

¹¹ Ver West Africa (3-9 febrero de 1992), p. 176. Bisi Adeleye-Fayemi reaccionaba a una carta de K. Asare en un número previo del semanal. Desde mi más bien breve experiencia como Ministra de Educación de Ghana (enero de 1982 – junio de 1983), suscribo absolutamente la idea de que para funcionar como símbolos, las mujeres se desfeminizan. Pero entonces, en cualquier caso, nos volvemos ineficaces, porque por un lado alienamos al público, y por otro, nuestros colegas varones se niegan a tomarnos en serio.

durante los últimos quinientos años, y siguen haciéndolo de forma abrumadora. Si solo ellos pudieran salvarnos, ya lo habrían hecho a estas alturas. Y sin embargo, cada década nos trae realidades más desalentadoras. Ya es hora de que las mujeres africanas ocupen el centro de la escena, con o sin el apoyo de quien sea. Pues en nuestras manos está, tal vez, la última esperanza posible para nosotras y para el resto del continente.